

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

UNA HORA CON BORIS PILNIAK

ENTRE las figuras peculiares a Montparnasse cruza, siempre sonriente en la buena o mala fortuna, Valentín Parnak, escritor ruso, traductor de Pouchkine y que prepara actualmente un libro sobre los poetas españoles y portugueses del tiempo de la Inquisición. Tal suceso contribuye a que mi buen amigo Parnak me reciba a menudo con citas de don Alfonso el Sabio, estrofas de Juan de Mena o párrafos de *La Celestina*.

—Querido compañero—le digo esta vez. Hoy dejaremos tranquilos a los padres de la lengua española. Necesito que usted me ponga en contacto con Boris Pilniak, que está de paso en París. Le he escrito pidiéndole una entrevista y no me ha contestado.

—¿Y cómo quiere entrevistarle si usted no habla el ruso, ni él el francés?

—¡Cómo! ¿Un intelectual ruso que no habla el francés?

—Sí, tal cual. Antes hasta un cochero ruso le contestaba a usted en francés, pero ahora los tiempos han cambiado. Es necesario que usted recuerde que la Revolución existe.

—Ah, Pero aquí está usted! Lenine, seguramente, le ha puesto en mi camino.

Arrastro a Valentín Parnak hasta el teléfono más cercano y quiere mi buena estrella que «au bout du fil» esté Boris Pilniak, el que, amable y asequible fija la entrevista en *La Rotonde* a las 10.

Ignoro si en América Boris Pilniak es conocido. En todo caso explicaré el por qué de mi interés. Boris Pilniak, escritor, a mi juicio de indiscutible talento, es el primero que se sirvió de la revolución rusa para hacer literatura. Así es el padre, no sólo en el tiempo sino en parte en el oficio, de este género de rela-

tos y novelas a que ha dado lugar tal acontecimiento. *L'Année Nue*, fragmentado, en su factura de escenas superpuestas, hecho a grandes pinceladas, ha sido imitado por todos los escritores posteriores que han explotado, a su vez, la mina de la revolución. Las fórmulas de Pilniak, Nikitine e Ivanov son conocidas en todas las boticas.

Los episodios de las obras de Pilniak pintan la influencia de la revolución en la vida de seres de los más diversos medios y tendencias. En *La Volga se jette dans la Caspienne* (su última novela traducida en las ediciones Carrefour) se recortan dos mujeres: Lioubov Pimenovna y Nadiedja Antonovna. Mientras en la primera el comunismo se hace pureza y austeridad, a la segunda la revolución la impregna de un concepto de la vida que ella traduce en «dar a luz como las lobas». Lioubov Pimenovna estudia la oscura historia de las mujeres de la estepa «estatuas de piedra desenterradas de los antiguos túmulos», y sus conceptos han adquirido la rigidez de esas estatuas. Nadiedja Antonovna ignora quien es el padre de su criatura y, sin embargo, se siente hija de la revolución. Así cada uno va explicando con ardor, con fatiga, con entusiasmo o con tristeza «el gran trastorno» que cambiará hasta el curso de los ríos, y cada uno asimila la gran lección, de acuerdo con su moral y sus instintos. Pero como dijo no se quién: compaginar una revolución, no es cosa fácil. Así hasta aquí todo ha sido impresionismo.

En 1921 Boris Pilniak fué considerado el sucesor de los escritores rusos anteriores a 1917 y tal creencia hizo subir su reputación en tal forma que forzosamente debió descender para ocupar su justo sitio el que, a pesar de todos estos altos y bajos, se ha fijado importante. Y hoy se reconoce que el escritor sabe dominar sus tipos, escogidos en la pequeña provincia, en un medio de comerciantes, de burgueses o intelectuales sorprendidos por el histórico 1917.

En seguida incitaba mi natural curiosidad su personalidad civil. Boris Pilniak no pertenece al partido comunista, pero su actitud simpatizante le llevó a ocupar el cargo de presidente del sindicato de escritores soviéticos. Sin embargo la publicación en el extranjero de su libro *Acajou*, prohibido por la censura de su país, le valió ser despojado de su título y de su cargo. Tal hecho explica que algunos diarios franceses, entre otros *Les Nouvelles Littéraires*, vean en su última obra *La Volga se jette dans la Caspienne* un mea culpa del hecho anterior.

Así cuando aparece esa noche en la terraza de *La Rotonde*, alto, macizo, germánico, después de las presentaciones de es-

tilo y de observarnos mutuamente en silencio mi primera pregunta se refiere a la situación de los escritores en Rusia.

—Los intelectuales rusos, en general, se dividen en dos grupos—dice: los que están de acuerdo con la revolución y que han permanecido en el país y los emigrados. Los primeros viven en excelentes condiciones, pueden ganar lo que ellos quieren, son infinitamente mejor pagados que en Francia y son, sobre todo, hombres sanos.

—¿Pero Ud. no cree que la Revolución encauzando la literatura por una sola puerta ha falseado las directivas del arte?

—Ese es un error, en Rusia cada uno escribe como se le da la gana.

—¡.....! Así un escritor estilo Proust, individualista y refinado ¿podría tener éxito?

—Naturalmente, si tiene talento. En Rusia nos inclinamos ante un genio de cualquier escuela. Y justamente Proust es tal vez hoy uno de los escritores más leídos y apreciados. Esto en cuanto al placer intelectual, pero ciertamente que entre nosotros el escritor tiene una función social que cumplir. Movilizados al servicio de la revolución, contribuyen ellos también a la gran obra de la edificación socialista. El gobierno les envía a hacer grandes encuestas, a estudiar las dificultades sobre el terreno. Ivanov y Leonov fueron al Turquestán. Babel fué encargado de visitar las fábricas de papel.

En Rusia se lee enormemente. Se traduce todo cuanto aparece de extraordinario en el extranjero. Entre los clásicos rusos se estima sobre todo a Gogol. Se lee también a Pouchkine y se abandona a Tolstoy. Tolstoy era vegetariano y las aficiones de la época no van por tal camino. Los autores contemporáneos más solicitados son Gladkov, Panferov, Lebedinsky, que tiran de 150 mil a 300 mil ejemplares.

—¿Y su opinión personal?

—Entre los escritores consagrados son indudablemente Ivanov y Pasternak en mi opinión, los que tienen más talento. Entre los jóvenes André Novikov y André Platonov.

—Hábleme de la situación de la mujer.

—En general, las leyes la protegen. Debe trabajar porque hoy en la U. R. S. S. el que no trabaja no come. Pero si es abandonada por el marido los hijos son alimentados por él. El matrimonio cuesta dos rublos; el divorcio un rublo y medio. Sin embargo, hoy la gente es infinitamente más moral.

—Cuénteme como está constituido su hogar.

—Soy casado hace 15 años. Mi mujer es artista y trabaja en su profesión. Tengo una sola hija que está afiliada a la juventud

comunista. Y la cuarta persona que existe en casa es Douniacha, mi cocinera, que acaba de ser elegida diputado del Soviet de Moscou, según me escribe mi mujer, dándome la noticia con gran alborozo. Pues bien, cuando yo entraba a la cocina y hacía a Douniacha alguna observación sobre las cacerolas más de una vez me contestó: «qué quiere usted camarada! Lenín dijo que toda cocinera debe también saber dirigir un Estado!

En general—prosigue Pilniak—la vida en Rusia es más agradable y más normal que en el Occidente. Hay un mayor sentido de humanidad, de amistad y de camaradería. En cuanto al amor si biológicamente no se podrá jamás concluir con los celos, socialmente si se ha concluído. Y hay muchos gestos que por estar ya aceptados no producen individualmente malestar. Así los temperamentos medios o normales no tienen motivos de exasperación.

Pido a mi intérprete que le haga hablar de sus viajes. Y veo que la lengua de Boris Pilniak se desata interminablemente. Cuenta aventuras ocurridas en los más distintos puntos de la tierra. El robo de una piedra funeraria del cementerio de Eyoub en Istambul, una aventura con una gran escritora turca, etc., etc. Mi compañero me informa que Boris Pilniak es hombre de fértil imaginación y que es un placer escucharle, por cuanto da a sus frases un giro cuidado y elegante. Además es galante y encuentra a menudo la ocasión de hacerme decir frases amables.

Se me ha pedido que no hable demasiado de política, pero en el fondo es lo que a mí me interesa, crea o no crea en las respuestas. Así le pregunto sobre la opinión ambiente ante los últimos acontecimientos que según los comunistas franceses marcan abiertamente una intención de lucha ya abierta y decidida: Rusia frente a Europa.

—En Rusia—me contesta—existe una igual temperatura a la de los años anteriores, pero también la misma firmeza y decisión de defender nuestras instituciones y conquistas sociales. Rusia es el único país del mundo que ha construído algo después del tratado de Versailles. Así, si por defender los intereses de unos pocos intentan destruir nuestra gran obra elaborada a base de inmensos sacrificios no trepidaremos, a nuestro turno, en hacer todo lo posible por destruirlos. En el original («les casser la gueule»). No tiraremos por la borda nuestro gran esfuerzo que será pronto una hermosa realización: la existencia del Hombre, así solo, sin amarras de clases, ni diferencias, El Hombre con derecho a su pequeña parte de felicidad.

Deslizo una frase en la que hay la palabra *Rusia*. Boris Pil-

niak me mira fijamente y me habla en ruso marcando fuertemente las sílabas, cual si quisiera que la sola fuerza de persuasión me hiciera adivinar el lenguaje.

—¿Qué ha dicho?—pregunto a Valentín Parnak, algo alarmada.

—Que Rusia ya no existe. Que hoy es la U. R. S. S. (Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas).

—Partiré pronto para Nueva York, agrega confidencial. Iré a visitar el rascacielos del capitalismo. Y vengo de la meseta del Pamir «el techo del mundo». Sin embargo todos los paisajes recorridos, las distintas costumbres y civilizaciones no me han dejado esa impresión de vida intensa que es para nosotros, hombres de 35 a 40 años cada año vivido de nuestra revolución. Cada uno de ellos es un siglo de recuerdos. Cada detalle la conquista de un nuevo mundo. Es para mí, como para mis compañeros la sensación de haber vivido múltiples existencias.

Me pregunta si deseo saber algo más. Ya le he retenido una hora y me parece abuso continuar a pesar de mi interés.

Antes de alejarse agrega:

—Usted puede escribir sobre esta entrevista cuanto quiera: menos iniciar una contrarrevolución. Y sin embargo si esta se efectuara y usted estuviera en el campo enemigo, yo iría hasta usted y le besaría la mano.

No creo que en Versailles se despidiera un gentil hombre en forma más caballeresca. — MARTA VERGARA.—París, Octubre de 1931.

LA NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE

Es ist an der Zeit, dass der Mensch sich sein Ziel stecke, es ist an der Zeit, dass der Mensch den Keim seiner höchsten Hoffnung pflanze.

Nietzsche, *Zarathustra*.

Colonia, 1931.

EN los senos del espíritu contemporáneo se está plasmando una nueva imagen del hombre. Trasciende ya al exterior en múltiples e inequívocas manifestaciones, la soterraña faena,

El hombre camina a una integración plena, hacia el hombre del equilibrio armónico entre espíritu e instinto. Esta síntesis